

IV. — CUARTO AÑO.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO. — 1. *Culto exterior.* Para que la Religión se apodere enteramente del hombre, no basta presentarla al entendimiento y al corazón; es necesario también hacerla accesible á los sentidos: por esto Dios la ha escrito con caracteres *sensibles*. El culto exterior es con relación á los dogmas y preceptos del Cristianismo, lo que el mundo visible con respecto al mundo invisible: es un espejo en que vemos con nuestros ojos, y tocamos, por decirlo así, con nuestras manos las verdades del orden sobrenatural, así como vemos las verdades del orden natural en el mundo físico.

Por medio del culto exterior se hacen sensibles las doctrinas de la fe y las reglas de la moral: la caída del hombre, su redención, sus esperanzas inmortales, sus deberes y su dignidad. ¿Qué más podemos decir? El culto exterior es á la Religión lo que la palabra al pensamiento: es su verdadera expresión, es decir, blanda ó terrible, alegre ó lúgubre, según la naturaleza de las verdades que expresa. En una palabra, el culto exterior católico es el Cristianismo puesto al alcance de los sentidos: por esta razón hemos encabezado las lecciones de este cuarto año con el siguiente título: *El Cristianismo sensibilizado*.

2. *Domingo.* — Después de habernos remontado hasta los primitivos tiempos y haber manifestado las venerables fuentes del culto católico, su necesidad, su tierna y perfecta conformidad con nuestros menesteres; después de haber descrito minuciosamente los lugares augustos en que se practican nuestras santas ceremonias, y probado que no hay parte alguna de nuestras iglesias que no abunde en los más interesantes recuerdos, pasamos á explicar el oficio de aquel día solemne llamado con tanta propiedad *el día del Señor*. La bendición, el oficio, el sacrificio augusto del altar, todo tiene su explicación. Con esto demostramos cuán digno es el culto católico de la verdadera Religión, es decir, cuán razonable es, cuán noble, cuán santo, cuán propio para cautivar los sentidos y para purificarlos elevándolos á la contemplación de las cosas divinas; pero sobre todo procuramos manifestar cuán venerable es y cuán instructivo.

Supongamos que un navegante digno de crédito, al regresar de unos mares desconocidos, anuncia á la Europa sabia la existencia de un pueblo que hace diez y ocho siglos conserva invariablemente su lengua, sus creencias, sus costumbres, sus leyes, sus ritos y hasta la forma de sus edificios y de sus trajes; que todas estas cosas, admirables por su grandeza y por la inteligencia y sabiduría que en ellas se descubre, tienen su origen en otras tradiciones más antiguas, la mayor

parte de las cuales suben hasta los primeros tiempos y están estrechamente enlazadas con los más grandes acontecimientos consignados en los anales del género humano; de manera que basta conocer este pueblo, entrar en sus templos, presenciar sus ceremonias religiosas, penetrar su sentido y su causa, para verse transportado como por encanto á la distancia de diez y ocho siglos, para tener la explicación de todos los misterios del hombre, y presenciar el cuadro animado de la más remota antigüedad.

El inexplicable ardor con que en el día se escudriñan las ruinas de lo pasado nos asegura lo que sucedería en el caso propuesto. Al divulgarse la relación del navegante, acudiría á los principales puertos de nuestros mares una multitud de curiosos y aficionados, ansiosos de embarcarse para ir á visitar aquel pueblo monumental. Tal vez los mismos Gobiernos enviarían allí comisiones científicas para recoger las tradiciones más verídicas, para leer las inscripciones más interesantes, y explorar unas ruinas más venerables que las de Tebas y de Menfis.

Pues bien, este pueblo existe; es el pueblo cristiano, es la Iglesia católica. Jóvenes admiradores de la antigüedad, bastante tiempo habéis ya permanecido extáticos en el umbral de nuestras catedrales; entrad en el santuario: allí descubriréis el pensamiento oculto y poderoso que os pasma, y se aumentará vuestra admiración, porque penetraréis el *espíritu* del monumento, del cual hasta ahora solo sabéis la *letra* muerta. Sed cristianos en el sentido práctico de esta palabra, y de simples espectadores que sois, os convertiréis en poetas del arte; porque, no lo olvideis, *con respecto á las artes, muere ya en esta vida el que no cree en la otra*¹.

Cuando veáis el domingo á un sacerdote en el altar, haciendo con exactitud matemática unos mismos movimientos, y repitiendo unas mismas palabras; lejos, muy lejos de vuestro entendimiento la crítica ignorante; lejos, muy lejos de vuestros labios la impía sonrisa del desprecio: reunid vuestras ideas, penetrad el misterio: decíos á vosotros mismos: Hé aquí la antigüedad de la fe; hé aquí la inmóvil perpetuidad del Cristianismo. Mientras que todo cambia y todo cae al rededor de esta Religión, ella permanece siempre inalterable. Lo que hace este sacerdote, lo están haciendo ahora mismo en todos los puntos del globo infinitos otros sacerdotes, y lo que todos ellos hacen á un tiempo, se hacía también cien años, mil, mil ochocientos años atrás. Las basílicas de Constantinopla y de Nicea, las catacumbas de Roma presenciaron el mismo espectáculo. En este sacerdote veo á Crisóstomo en Antioquía, á Agustín en Hipona, á Dionisio en Lutecia, á

¹ Palabras del célebre Lorenzo de Médicis, amante ilustrado de las artes, y magnífico protector de los artistas.

Ambrosio en Milan, á Clemente en Roma. Cuando extiende los brazos para orar, veo al cristiano de los antiguos tiempos; cuando pone las manos sobre la sagrada ofrenda, veo á Aaron tomando posesion de la víctima; cuando despliega el lienzo blanco en que descansa la Hostia santa, veo la sábana blanca del Calvario, con que fué envuelta la gran Víctima del género humano. Toda la antigüedad se presenta ante mis ojos. Diez y ocho siglos han pasado, y todavía oigo la voz del Hijo del Eterno que dice: *Jamás se quitará un punto, ni una tilde de mi ley*¹; y veo con mis propios ojos el cumplimiento de su inmortal oráculo: *El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán*².

No son las ceremonias del augusto sacrificio las únicas que nos recuerdan la venerable antigüedad de la Iglesia, pues que los usos mas vulgares de nuestras santas asambleas nos la refieren tambien con su lenguaje lleno de candor y de caridad. Pongamos un ejemplo.

« Consérvanse aun entre nosotros todos los recuerdos del domingo » primitivo. En las misas solemnes vemos todavía la distribucion del » pan entre los fieles, la lectura de los Libros santos y las limosnas » para pobres y cautivos: al cabo de mil seiscientos años hacemos » aun lo mismo que san Justino confesaba á Marco Aurelio.

» En memoria del pan que se distribuía á los fieles, dos coristas » llevan el pan bendito en unas andas alumbradas con velas y adornadas con tapices blancos.

» En memoria de los donativos que los primeros cristianos hacían » para socorrer á los pobres y rescatar á los cautivos, el sacerdote y » las cofradías recorren la iglesia excitando la piedad de los fieles. » Unos piden para los enfermos, otros para los huérfanos, otros para » los presos: esa jóven con una bolsa de terciopelo encarnado en las » manos, os pide para adornar el altar de la Virgen con blancos ramilletes de flores; ese anciano con una banda negra sembrada de » lágrimas de plata, es un individuo de la cofradía de la Buena muerte » que pide limosna para enterrar á los pobres difuntos.

» En memoria de los hechos de los Apóstoles y de los libros de los » Profetas, que los *lectores* leían antiguamente á los fieles reunidos, » ved como el subdiácono y el diácono leen unas mismas lecciones; » ved como el cura sube al púlpito, lee el Evangelio del día, y, conforme nos lo recomienda el Apóstol, ruega en voz alta por los » Pontífices y por los Reyes, por los ricos y por los pobres, por los » enfermos y por los desvalidos, por los viajeros y por los desterrados.

» La Religion lo ha dispuesto todo de tal modo, que no deja ningun » dolor sin consuelo, ninguna miseria sin alivio, ninguna necesidad

¹ Matth. v, 18.

² Marc. xiii, 31.

» sin auxilio, y cada domingo nos presenta todas estas buenas obras » reunidas en el recinto de nuestros templos.

» Si hay hombres soberbios que miran con desprecio las *misas solemnes*, es porque ignoran la multitud de antiguos usos y de santas » costumbres que nos recuerdan. ¡ Admirable cosa por cierto! no » hay en toda la cristiandad un solo pueblo, ni un miserable villorrio » que no pueda ofrecer cada ocho días á los sabios y eruditos algunas » reminiscencias de la antigüedad, recuerdos de los Césares y del » Circo, de las Catacumbas y de los Mártires¹. »

Así se explican y se justifican las siguientes admirables palabras del alma mas llena de amor divino, y quizá la mejor inspirada del siglo xvi. « Daria mi vida, decia santa Teresa, por la menor ceremonia » de la Iglesia. »

3. *Division del tiempo*. — Hemos explicado minuciosamente el domingo, y las ceremonias tan tiernas é instructivas como poco comprendidas del oficio divino y del augusto sacrificio; hemos observado la sabiduría que ha mostrado la Iglesia con el uso constante de la lengua latina, porque una doctrina inmortal requiere un idioma invariable. De aquí pasamos á los días de la semana, á los meses, y al año eclesiástico. Primeramente damos la definicion cristiana del tiempo. Desde la caída original, el tiempo no es mas que un plazo que la Justicia divina concede al hombre culpable para rehabilitarse: ¡ qué abundante manantial de ideas y sentimientos saludables encierra esta definicion! Luego pasamos á la division del año adoptada por la Iglesia, division altamente filosófica, cuyas tres partes corresponden admirablemente con las tres partes del Catecismo, así como estas últimas corresponden con los tres estados de la Religion, antes, durante y despues de la predicacion de Jesucristo.

La primera parte del año, que comprende desde el Adviento hasta la Natividad del Mesías, nos representa los cuatro mil años de preparaciones, los suspiros y las esperanzas del mundo antiguo, tales como los hemos explicado en la parte I de nuestras lecciones.

La segunda, que empieza en Navidad y termina en la Ascension, abraza toda la vida mortal del Redentor, y corresponde á nuestro segundo año.

La tercera, que comprende desde Pentecostes hasta Todos Santos, recuerda la vida de la Iglesia, que referimos en el tercer año de nuestras lecciones². De manera que la vida de la Iglesia, la serie de sus

¹ Cuadro poético de las Fiestas cristianas, por el vizconde de Walsh.

² Aquí no queda ningun claro, porque antiguamente el Adviento duraba seis semanas, comenzando el día de san Martín, inmediatamente despues de la octava de Todos Santos. La iglesia de Milan, fiel á sus antiguas costumbres, conserva todavía las seis semanas del primitivo Adviento; y lo mismo se practica en Oriente entre los Griegos unidos. (*Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 47, pág. 537.)

fiestas y las varias divisiones del año, que nos representan toda la vida del género humano y toda la historia del Cristianismo, terminan con la fiesta del cielo. Todo en efecto conduce allí: el cielo es el fin de todas las cosas.

4. *Las fiestas.* — Á imitacion de nuestros maestros en la ciencia sagrada, consideramos las fiestas cristianas como un aprendizaje del cielo, como una imágen débil, es verdad, pero reproducida con frecuencia, de la fiesta eterna. ¡Bendita seas, Religion santa, que con maternal bondad has sembrado de trecho en trecho algunas flores y plantado algunos árboles de agradable sombra en el camino doloroso que el hombre desterrado tiene que andar tan penosamente antes de llegar á su patria!

La palabra *fiestas* equivale por sí sola á una leccion de sublime filosofía. Esta palabra, que contrasta de un modo tan triste con las lágrimas, los trabajos y los males de la vida terrenal, repite al hombre toda su historia pasada, presente y futura; le inspira el temor de Dios, le anima y le consuela, recordándole su primitivo destino, su redencion, y los puros é infinitos goces que le esperan.

Las fiestas hacen aun mas: preparan al hombre para la vida futura, desasiéndole poco á poco de la vida sensual, y sirviéndole al mismo tiempo de alivio y de descanso en sus penosos trabajos.

¡Oh! qué gran prueba de amor y de sabiduría nos ha dado la Iglesia, ó mejor, el Padre celestial que la inspira, con la institucion de las fiestas! ¡Cuán crueles y faltos de razon se muestran los que pretenden abolirlas, los que las profanan con su conducta, ó inducen á violarlas con su ejemplo! ¡Qué mal hacen á la humanidad! Tristes hijos de Adán, pobres, artesanos, labradores, mercenarios, vosotros todos los que ganais el pan con el sudor de vuestra frente, sabed que los dias festivos se establecieron principalmente para vosotros. Con la institucion de estas solemnidades, vuestra madre la Iglesia se propuso no solo el bien de vuestras almas, sino tambien la salud de vuestros cuerpos.

Hasta la misma sociedad está interesada en la fiel observancia de las fiestas. Que la suspension del trabajo en ciertos dias importa á la conservacion de los Estados, y que la profanacion de los dias festivos compromete el bienestar moral y material de la sociedad, es una verdad hoy mas que nunca desconocida, y por lo mismo nos esforzamos cuanto podemos en demostrarla. No nos cansaremos de repetirlo; la Religion, que á primera vista parece únicamente destinada á labrar la felicidad de la otra vida, forma tambien nuestra dicha en la vida presente.

Aunque nuestro principal objeto es dar á conocer las fiestas cristianas bajo el punto de vista histórico, dogmático, moral y litúrgico, no por esto pasamos en silencio su admirable armonía con las estaciones y su con-

formidad, aun mas maravillosa, con las necesidades de nuestro corazon.

Todas nuestras grandes solemnidades se celebran en la estacion mas propia para dar pábulo á los sentimientos que están destinadas á inspirar. De este modo la creacion fisica concurre al objeto de la Religion, y ambas se encaminan al bien de aquel para quien fueron criadas, el hombre; y por medio del hombre á Dios, principio y fin de todas las cosas. Un ejemplo tomado á la aventura bastará para demostrar palpablemente esta verdad, por desgracia poco conocida.

Supongamos que la fiesta de Navidad en vez de celebrarse en invierno se celebra en los hermosos dias de verano. ¡No es verdad que se disminuye al punto vuestra tierna compasion hácia el recién nacido de Belén? ¡Cuán difícil es excitar en nuestro corazon durante los ardientes calores del estío unos sentimientos tan vivos para con esa pobre criatura aterida de frio! Pero restituid la Natividad al 25 de diciembre, y al instante volveréis á experimentar, casi á pesar vuestro, la primitiva compasion hácia el divino Niño que nace durante una larga noche de invierno, en una gruta húmeda y expuesta por todos lados al helado sopló del aquilon. No lo extrañéis: en el primer caso hay falta de conformidad entre la fiesta y la estacion, mientras que en el segundo existe entre ambos la conveniente armonía: restablecido el orden, desaparecen los obstáculos, y el corazon siente todo lo que debe sentir¹.

Prosiguiendo en el exámen de esas misteriosas armonías, observamos que en todo el discurso del año no hay una verdad que la Iglesia no nos predique, ni una virtud que no proponga á nuestra imitacion, ni una fibra de nuestra alma que no se conmueva con esa admirable variedad de fiestas; de manera que nos vemos obligados á decir de todas ellas lo que de todas las verdades cristianas: Que si no existiesen, seria necesario inventarlas.

Así es como enseñamos la *letra* de la Religion.

5. *ESPÍRITU DE LA RELIGION.* — En cuanto al *espíritu*, seguimos igualmente el dictámen del gran maestro que nos sirve de guía. Todas nuestras lecciones, toda esa magnífica exposicion del Cristianismo, no tienen mas objeto que demostrar esta grande y única verdad: Que Dios AMA Á LOS HOMBRES², que los ama siempre; que desde el principio del mundo no ha tenido otro designio que el de labrar la felicidad del nombre, reparando el daño que se ha causado á sí mismo, y haciendo que el cielo y la tierra, los pueblos y los imperios, el mundo antiguo y el mundo moderno cooperen á la realizacion de este pensamiento misericordioso.

¹ Esta armonía se observa mas sensiblemente en nuestro hemisferio, donde está Roma, madre, maestra y modelo de todas las demás Iglesias: no podia menos de ser así.

² S. Aug. *De Catech. rud.*

Esto supuesto, sería necesario carecer de toda sensibilidad y de toda luz de razon, en una palabra, fuera preciso no ser hombre, para negar la siguiente consecuencia: *Luego es un deber, pero un deber tan sagrado como grato, el amar á un Dios tan bueno, y, por amor de él, á nuestro prójimo, que es su imagen y nuestro hermano.*

Debemos amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios: este es el resumen, la conclusion y el objeto moral de todas nuestras lecciones; este es el gran sentimiento que domina en el Catecismo. Aun cuando lo hubiésemos querido, no nos fuera posible llegar á otra consecuencia.

En efecto, ¿no es la redencion del mundo el centro comun de todas las cosas? ¿No se expone en cada una de nuestras lecciones alguno de los medios establecidos por Dios para prepararla, realizarla, conservarla y extenderla? Y por otra parte, ¿no es la redencion el gran misterio de la caridad de Dios para con el hombre? ¿Cómo, pues, no habíamos de terminar todas nuestras lecciones con un acto de reconocimiento y de amor?

Si se nos reprendiese esta constante repeticion, alegraríamos en nuestro apoyo el ejemplo del discípulo amado. Debilitado por los años, el Apóstol de la dileccion se hacia llevar á la iglesia, y allí daba sus instrucciones, reducidas á estas pocas palabras que repetia continuamente: *Hijos míos, amaos los unos á los otros.* Admirados sus discípulos de oírle decir siempre una misma cosa, le preguntaron cuál era el motivo de semejante repeticion; y él les dió la siguiente respuesta, muy digna, por cierto, de aquel que habia gozado el privilegio inefable de reclinar su cabeza sobre el corazon del divino Maestro: *Es que si lo hiciéreis, esto bastará.*

¡Dichosos nosotros, si llamando tantas veces el espíritu y el corazon de los jóvenes cristianos hácia este punto fundamental, logramos que algunos de ellos sean constantemente fieles á este precepto de la caridad, objeto exclusivo del Catecismo, compendio de la ley, de los Profetas y del Evangelio, última expresion de todas las cosas, término final de las obras de Dios en el tiempo y en la eternidad!

6. LA RELIGION EN LA ETERNIDAD. — Despues de haber recorrido los sesenta siglos que nos separan del nacimiento del hombre; despues de haber seguido el majestuoso rio de la Religion, que, descendiendo de las alturas del cielo, derrama la frescura, la fecundidad y la vida por toda la extension de la tierra; despues de haberle visto mentalmente atravesar por todas las edades futuras, nos preguntamos: ¿Á dónde esta Religion divina conduce al género humano? ¿Qué quiere, qué objeto se propone la Iglesia romana, única depositaria de esta Religion de amor, civilizando las naciones, instruyendo á los Reyes

⁴ I Tim. III, 16.

y á los súbditos, inclinándoles á la virtud, y aliviando todas sus necesidades? Quiere reparar poco á poco en todas las generaciones que vienen á la tierra las funestas consecuencias del pecado original y de todos los demás pecados. Quiere devolver á nuestro entendimiento una parte de las luces de que gozaba en el estado de inocencia, á nuestro corazon su santidad, á nuestra alma su imperio sobre los sentidos, á los sentidos una parte de su primitivo poder é integridad, y por decirlo de una vez, quiere preparar al género humano para una completa rehabilitacion.

Esta rehabilitacion tan bien sostenida, cuyo cuadro trazamos en los ocho tomos del Catecismo, comienza en la tierra y se perfecciona en la eternidad; y, como ya hemos dicho, solo por medio de la Religion podemos alcanzarla. Apoyados en la autoridad de la fe y en las doctrinas de los Padres, probamos á decir algunas palabras sobre esa dichosa eternidad, último beneficio de la Religion, inefable recompensa de nuestros pequeños padecimientos y de nuestros leves trabajos, magnífico coronamiento de la obra de la redencion, explicacion deliciosa de todos los enigmas de la vida, descanso eterno en el orden turbado por el pecado, restablecido por la gracia y coronado en la gloria. En efecto, allí, en el cielo es donde todas las cosas tendrán su perfeccion.

Porque, *para Dios*, el cielo es el cumplimiento de todos sus designios; es el pleno y entero goce de sus obras, la completa manifestacion de su gloria; es el reinado delicioso de un padre amado sobre sus dóciles hijos, el desahogo inmenso y eterno de su amor en ellos, y el desahogo igualmente eterno del amor de ellos en él; en una palabra, para Dios el cielo es estar todo en todas las cosas, es el perfecto cumplimiento del siguiente deseo que expresó el Hijo del Eterno cuando enseñaba al género humano: *Padre nuestro, venga el tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*¹.

Para las criaturas, el cielo es el cumplimiento de este deseo, que manifestó en nombre de ellas el grande Apóstol: *Todas las criaturas gimen y están con dolores de parto, mientras esperan ser libradas de la corrupcion y llamadas á la participacion de la gloria de los escogidos*².

Para el hombre, el cielo es el cumplimiento de todos sus deseos legítimos, con respecto á su cuerpo y á su alma, y análogos á su estado futuro; es la satisfaccion del siguiente deseo expresado por el real Profeta en nombre de todo el género humano: *Seré saciado cuando viere tu gloria*³.

¡Oh! sí, el cielo es para el hombre, lo que la luz para el ciego que

¹ Matth. VI, 10.

² Rom. VIII, 19 et seq. Véase la explicacion de estas palabras en el t. VIII.

³ Psalm. XVI, 13.

la ha vislumbrado y desea con ansia verla en todo su esplendor; el cielo es para el hombre, lo que la salud para el enfermo martirizado por crueles dolores; el cielo es para el hombre, lo que el sosiego para el desgraciado que, expuesto toda su vida á las asechanzas de sus enemigos, ha tenido que permanecer día y noche con las armas en la mano y vivir en continuo sobresalto; el cielo es para el hombre, lo que para un rey destronado la recuperacion de su cetro; el cielo es para el hombre, lo que una fuente fresca y límpida para el viajero devorado por la sed; el cielo es para el hombre, lo que para el desterrado la vuelta á su patria y al seno de su amada familia; finalmente, el cielo es para el género humano, lo que para el hombre atormentado por unos deseos insaciables y siempre renacientes, para el hombre quebrantado por los trabajos y dolores, condenado al llanto, á las enfermedades, á la muerte, y expuesto á unos suplicios eternos, es el goce pleno, seguro, perfecto de todos los bienes, el reposo y la inmortalidad de la felicidad y de la gloria, y aun es mucho mas que todo esto. ¡Ojalá que el cuadro tan imperfecto que trazamos de esta rehabilitacion completa de nuestra naturaleza y de todas las cosas, despierte en el alma de los jóvenes cristianos el deseo eficaz de participar algun día de ella, y haga repetir á todos con el grande Apóstol: *No son, no, de comparar todos los trabajos y sacrificios que la Religion impone en la tierra, con la gloria y la felicidad que nos esperan en los cielos* ¹.

V. — RAZONES Y VENTAJAS DE ESTA ENSEÑANZA.

Este Catecismo tiene, como ya hemos visto, por objeto la exposicion de la Religion en su retrá, en su espíritu, en su historia, en sus dogmas, en su moral, en su culto, en su naturaleza, en sus medios y en su fin temporal y eterno, desde el principio del mundo hasta nuestros días.

Podemos hablar de su mérito sin la menor vanidad, pues ya hemos dicho, y repetimos, que la idea fundamental no es nuestra, sino de san Agustin, y aun la misma *forma* hémosla tomado con frecuencia de los Padres de la Iglesia y de los autores célebres que hemos consultado. Lejos de atribuirnos las ideas ajenas, nos gloriamos de no haber dicho en tan sagrado asunto la memor cosa por nuestra propia autoridad.

Con esta salvedad, diremos: 1º. que si bien se considera, este *plan de Catecismo es el mas completo de cuantos hasta ahora se han realizado.*

La mayor parte de los Catecismos, aun los mas extensos, nada

¹ Rom. VIII, 18.

dicen del Antiguo Testamento, ni de la historia de la Iglesia; y los pocos que hablan de los tiempos anteriores al Mesías, pasan en silencio la obra de los seis días, y no dicen qué ha sido de la Religion desde la Ascension del Redentor: muchos omiten las fiestas de la Iglesia; en fin, ninguno hay que demuestre la íntima relacion que todos los sucesos anteriores y posteriores á Jesucristo tienen con el Cristianismo, y que lo explique y resuelva todo por medio de los datos cristianos. Sobre todo no hay uno, que sepamos, que trate de explicar la Religion en sus relaciones con las necesidades del hombre; trabajo esencial que nosotros hemos procurado desempeñar de modo que la imaginacion mas activa no pueda encontrar en el hombre intelectual, moral ó físico una sola miseria verdadera que la Religion no socorra, un solo deseo razonable que no cumpla, ni un solo sentimiento legítimo que no satisfaga. De aquí resulta la concluyente verdad de que el Catolicismo, y solo el Catolicismo, contiene todos los medios necesarios al hombre corrompido para regenerarse. Fuera de él, todo es incompleto, vago, incoherente, ineficaz é ilusorio. Así pues, este modo de enseñar la Religion es, como dice san Agustin, el mejor, y aun nos atrevemos á decir el único capaz de dar á conocer el Cristianismo en su magnífico conjunto.

2º. Esta exposicion completa de la Religion *hace innecesario el auxilio laborioso y muchas veces inútil del razonamiento* ¹.

Así como el mejor modo de probar el movimiento es andar, *el mejor argumento á favor del Cristianismo es darlo á conocer tal cual es.* ¿Qué hombre de buen entendimiento ha pensado jamás en *probar* la solidez de las pirámides? Harto probada está por la firmeza con que esas masas imponentes se mantienen al cabo de tantos millares de años. Por la misma razon no decimos nosotros: *Vamos á probar que el Cristianismo es divino, social y benéfico; que su dogma es sublime, su moral amable y pura, su culto magnífico y tierno; solo decimos: Miradle.*

Cuando en una hermosa noche de verano, colocados en la cumbre de una montaña solitaria contempláis como la reina de los astros se eleva sobre el horizonte para tomar posesion de su imperio poblado de rutilantes estrellas, ¿pedís acaso argumentos para convenceros de la magnificencia de los cielos? ¿No exclamais transportados de admiracion: *Los cielos declaran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos* ²?

¹ Estamos muy distantes de condenar el razonamiento y el método de discusion aplicados á la enseñanza de la Religion; pero creemos que el método de exposicion indicado por san Agustin es preferible y que con él se consigue mucho mejor el objeto de esta obra. — Tal es tambien la opinion de Tertuliano, san Cipriano y san Francisco de Sales: véase su *Espritu*, secc. XVI, parte III, c. 1, pág. 169.

² Psalm. XVIII, 1.